

Pero este hombre viene de Madrid y habrá trabajado en el Circo de Price...

MARG. Diga usted lo que quiera, es nuestro maestro. (Lo aplaude.)

RIC. ¡Sí, bravo, bravísimo! (Aplaudiendo también.) Me desagrada soberanamente este mocito.) (Ap.)

ELENA. ¡Cuando digo que es un jóven que me encanta! (A Doña Ricardo.)

RIC. ¡Sí, encantador, encantador... mayordomo!

MARG. (¿Quién es este hombre?) (Ap. pensativa.)

LUISA. (¿Cuándo he soñado yo que era marquesa?) (Lo mismo.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO Y ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

Una plazaola de la posesion de Novoa, en la cual vienen á desembocar varias calles de árboles: debajo de los del foro un dolman que se verá distintamente; un banco de césped al pie de un árbol de la derecha; sillal y bancos de jardín.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS, FABIAN, que saca un asiento de jardín y un velador.

LUIS. Ponga usted ahí ese asiento; supuesto que por esta tarde no tengo nada mejor que hacer, voy á entretenerme en dibujar esos árboles y ese dolman.

FAB. ¡Ah! sí, el dolman; por cierto que el señor cura tenía mucho empeño en que le quitaran de aquí... pero la señorita no ha querido... Dice que es el mejor ornamento del jardín... y al fin le han dejado.

LUIS. Esta mañana, segun me han dicho, ha salido usted á dar un paseo á caballo con la señorita.

FAB. Sí señor. (Sonriéndose.)

- LUIS. (Afeitando el lápiz.) Tiene usted muy buena facha á caballo.
- FAB. Usted se chancea. . La señorita sí que está bien á caballo: mire usted, señor don Luis, cuando tengo la suerte de acompañarla...
- LUIS. Pues qué, ¿no la acompaña usted siempre?
- FAB. No por cierto... la señorita se va muchas veces sola... Caprichos suyos que la señora la consiente. Pero no tenga usted miedo que la suceda nada... Hace tantas limosnas, que no hay caserío en seis leguas á la redonda donde no la veneren como á un ángel.
- LUIS. ¡Mujer singular!
- FAB. Pues como iba diciendo á usted, cuando tengo la suerte de ir acompañando á la señorita me paso el tiempo en admirarla. Tiene tan buen aire á caballo con su pluma negra y su cabeza erguida... Cualquiera diría que era una reina.
- LUIS. Pero ¿por qué está siempre seria? (Dibujando.)
- FAB. ¡Ah! pues ahí está... Antes era alegre como un pajarillo y de repente ha cambiado... Vaya usted á saber por qué... yo apostaría á que el corazón... ya sabe usted que las muchachas...
- LUIS. Si con eso quiere usted decir que ama á don Ricardo; en su mano está casarse con él.
- FAB. Lo que es eso, no hay duda, porque don Ricardo la ha pedido bastantes veces; y en honor de la verdad sería un buen casamiento, porque despues del amo es el hacendado más rico de Guipúzcoa... Y el caso es que hace tres meses, cuando el señor don Ricardo llegó aquí, se dijo que la señorita había al fin consentido... pero de repente se arrepintió y pidió tiempo para reflexionarlo mejor.
- LUIS. Usted debe desear que se haga esa boda, Fabian.
- FAB. ¿Por qué?
- LUIS. Porque don Ricardo es de una de las primeras familias del país y á usted le gusta la nobleza...
- FAB. ¡Oh! en cuanto á eso, señorito... verdad es que me

- gusta la nobleza, porque aquí en las Provincias hacemos todos gala de ser nobles y me he criado con esas ideas. ¿Por qué cree usted que tengo tanto gusto en servirle? Porque tiene usted todos los aires de un caballero.
- LUIS. ¡Oh! usted me adula, Fabian.
- FAB. No señor, no; usted tiene todos los aires de un caballero, moral y físicamente. Y yo ¿qué quiere usted? creo que vale más tener trazas de caballero y no serlo, que serlo y no portarse como tal. Y si no ahí tiene usted á don Ricardo, que dice que ama á la señorita y quiere casarse con ella, y eso no le impide hacer el sultan. Dígalo la dichosa aya doña Luisita.
- LUIS. Vamonos, vamos; no haga usted juicios temerarios, Fabian.
- FAB. Es verdad, es verdad... Tiene usted razon, señorito, tiene usted razon. (Da algunos pasos para marcharse y vuelve plés atrás.) Qué lástima que el señorito no tenga siquiera quince mil duros de renta.
- LUIS. ¿Por qué, Fabian?
- FAB. ¿Por qué?... ¿No me necesita usted más, señorito? (Sonriendo con la sorna de un viejo.)
- LUIS. No, gracias, mi buen Fabian. (Fabian se retira.) ¡Ah! diga usted... aquí tengo tintero y pluma; pero la carta... ¿esa carta empezada que yo quería acabar aquí y que le encargué que me trajera?
- FAB. No la he encontrado por ninguna parte.
- LUIS. ¡Cómo! si la dejé abierta encima de mi pupitre...
- FAB. Pues señor, por más que he revuelto todos los papeles...
- LUIS. ¡Diantre!... ¿Dónde la puedo haber metido?... Voy á buscarla.
- FAB. ¿Podré entre tanto echar un vistazo á estos dibujos, señor don Luis? (Cogiéndole el álbum de las manos.)
- LUIS. Sí por cierto. (Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

FABIAN, solo. A poco D. RICARDO, LUISA.

FAB. ¡Guapo mozo! él y la señorita no tienen precio!... ¡lástima que no se puedan sufrir ninguno de los dos. Cuando el uno toma la derecha el otro tuerce á la izquierda... Si el uno dice blanco, el otro negro... ¡Es negocio imposible!... ¡Eh! aquí vienen los otros... (Viendo venir á D. Ricardo con Luisa por la segunda caja de la derecha. Fabian váse por la primera del mismo lado.) Siempre juntitos.

RIC. ¡Eso es ya rayar en la barbarie! ¡En la barbarie, sí, señora!

LUISA. ¿Pero qué especie de hombre es usted, don Ricardo? (Biendo.) Por vida mia que no lo entiendo.

RIC. ¿Qué especie de hombre? un amable galanteador.

LUISA. En lo de galante convengo: en cuanto á lo amable, si quiere usted decir digno de ser amado, esa ya es otra cuestión.

RIC. Pero es una crueldad, una abominacion, Luisita. Me voy á enfadar seriamente.

LUISA. Vamos á ver, caballero, ¿por qué me hace usted la córte?

RIC. Porque la amo á usted.

LUISA. ¿Y por esa razon se va usted á casar con Margarita?

RIC. ¡Con Margarita? ¿de dónde saca usted que yo me voy á casar con ella?

LUISA. ¡Cómo! ¡Si cada ocho dias pide usted su mano!

RIC. ¡Toma! eso es por disimulo... por motivar mis visitas.

LUISA. Sí, sí, vérgase usted ahora con esas.

RIC. Hija mia, veo con sentimiento que usted no conoce el corazon de los hombres.

LUISA. Al contrario, tengo mucho miedo de conocer demasiado bien el tal corazon.

RIC. Usted no conoce el mio en ese caso. Vamos, sí por

cierto, no lo niego... la razon me aconseja tal vez que me case con Margarita, pero el corazon no está del mismo parecer... y cuando la razon está en desacuerdo con el corazon, este tiene muchas probabilidades de triunfar, sobre todo en hombres como yo, que he sido siempre juguete de mis pasiones, que soy hombre de inspiracion. Porque á mí no me conocen. Yo soy en el fondo de una candidez increíble en mi edad. Tengo aún todo el ardor irreflexivo, toda la vehemencia de los veinte años. En fin, soy capaz todavía, aquí donde usted me ve, de robar á una doncella por el balcon de su cuarto y de escaparme con ella hasta las sabanas de América, ¡hasta las pampas!

LUISA. Pues vea usted, yo no creo eso.

RIC. ¿No lo cree usted?

LUISA. Ni poco ni mucho.

RIC. Pero, con mil santos, ¿qué habría que hacer para convencer á usted?

LUISA. Hacerlo. (D. Ricardo se queda algo desconcertado y ella suelta á reir.) quede usted con Dios, don Ricardo; voy á hacer mi provision de flores para esta noche. Servidora de usted. (Váse por la derecha.)

RIC. ¡El diablo es la tal mujer; me va picando el amor propio. Voy á escurrirme bonitamente por este lado y á darle caza en el jardin.) (Váse por el foro.)

ESCENA III.

FABIAN, que habrá vuelto á salir antes de marcharse Ricardo: á poco D. LUIS.

FAB. Yo no sé lo que se habrán dicho... pero no me fio de la tal aya... nunca me he fiado... ¡Ah! ¿qué hay, señorito? ¿y la carta? (Sale D. Luis por la izquierda.)

LUIS. No la he hallado, y no sé cómo explicarme... Por fortuna era insignificante... era una carta á don Ignacio... No hay nada perdido.

FAB. Con todo, si yo la encuentro ahora, cuando limpie, vendré á traérsela á usted.

LUIS. Bien, gracias. (Se pone de nuevo á dibujar. Fabian váse por la izquierda.)

ESCENA IV

D. LUIS, LUISA, que vuelve por la derecha con flores.

LUISA. ¡Ah! ¿usted por aquí, señor mío! ¡qué milagro!

LUIS. ¡Luisa! (Saludando.)

LUISA. ¿Está usted dibujando? Yo vengo de coger unas flores para el peinado de esta noche. ¿Ya sabe usted que vamos á un baile á casa de los de Herrasti?

LUIS. Lo ignoraba.

LUISA. Verdad es que usted no sabe nada de lo que pasa. (Coloca las flores sobre el banco de la derecha y se queda con algunas, á las cuales se entretiene en quitar las hojas marchitas mientras habla.)

LUIS. Como estoy casi siempre fuera por razon de mi cargo...

LUISA. ¡Oh! diga usted, ¿como soy tan huron!

LUIS. Yo no soy huron; pero no quiero salirme de mi puesto... para que nadie tenga que recordarme cuál es.

LUISA. ¡Señor de Velasco! (Sorprendida de su frialdad.)

LUIS. ¿Luisa?

LUISA. ¿Qué es lo que yo he dicho ú hecho para que haya podido disgustar á usted?

LUIS. ¿Á mí? Luisa, nada: ¿por qué?

LUISA. Porque ántes me manifestaba algun aprecio...

LUIS. Y ahora lo mismo, Luisa; (Mas expansivo.) y ese sentimiento de mi parte es muy natural... nuestra situacion ¿no es la misma ó poco ménos? Desheredados ambos de los bienes de este mundo... solos... sin apoyo, sin amigos: para una mujer, bien lo sé, semejante estado tiene aún más inconvenientes y peligros que para mí. Por lo mismo cuente usted siempre con mi afecto más sincero... y lo que únicamente siento es no poder demos-

trársele á usted sino dándole algunos consejos... que tal vez serán mal recibidos.

LUISA. Le aseguro á usted que no... hable usted, se lo ruego.

LUIS. Es que lo que tengo que decir á usted es... fuertecito. (Con bondad.)

LUISA. No importa, dígamelo usted.

LUIS. Pues bien, Luisa, usted es preciosa; pero tiene usted un defecto.

LUISA. ¿Uno no más? Me deja usted admirada.

LUIS. Uno sólo.

LUISA. Dígamele usted.

LUIS. ¿Lo digo?

LUISA. Se lo ruego.

LUIS. Pues bien, es usted un poquito...

LUISA. ¿Qué?... (Con mucha gracia.)

LUIS. Coqueta: ¿no es así?

LUISA. No lo he echado nunca de ver.

LUIS. Pues pare usted la atencion... y verá. (Luisa algo cortada baja la cabeza con gracia y bondad.) Es lástima, Luisa; esa es una falta... bien ligera... bien inocente... pero ¿qué quiere usted? nosotros, pobres, estamos condenados los dos á ser perfectos... lo que en los demas sería inocente, en nosotros es reprehensible... En este mundo todos los desgraciados son sospechosos.

LUISA. (Alzando la cabeza despues de una pausa.) Señor don Luis, es usted bueno, es usted un verdadero amigo.

LUIS. Procuro serlo al ménos.

LUISA. ¿Pero amigo, cómo?

LUIS. Amigo verdadero: usted lo ha dicho.

LUISA. (Arrancando los pétalos de una flor de azahar.) ¿Formalmente? ¿un amigo que me quiere... vamos á ver... á la francesa... un poco?

LUIS. ¿Quién lo duda? (Adivinando.)

LUISA. ¿Mucho? (Con mucha coquetería.)

LUIS. No. (Sorprendido del tono de Luisa y levantando la cabeza. Luisa arroja con despecho la flor de azahar. Doña Trinidad aparece por la izquierda.)

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA TRINIDAD.

- TRIN. ¡Ah! señorita Luisa, Margarita la buscaba á usted... está esperando las flores para la corona.
- LUISA. Bien, señora, allá voy... Quedamos amigos, ¿no es verdad? (Á D. Luis dándole la mano.)
- LUIS. Por mi parte, Luisa, no lo dude usted nunca. (Tomando la Luisa váse por la derecha.)

ESCENA VI.

LUIS, DOÑA TRINIDAD.

- TRIN. Está usted haciendo un dibujo precioso, señor de Velasco. (Mirando por encima del hombro de D. Luis.)
- LUIS. ¿Le gusta á usted?
- TRIN. Sí, me recuerda mi retrato (Luis la mira asombrado.) que me hice hacer cuando era rica... me costó un sentido... seis mil reales; pero me le hizo un pintor muy nombrado; no me acuerdo bien si se llamaba Madrazo ó Manzano.
- LUIS. Manzano debía ser. (Con mucha gravedad.)
- TRIN. No me acuerdo bien; pero hablando de otra cosa, señor Velasco, sabe usted que, hablando de mi primo, ha dado un gran bajon de pocos dias á esta parte... esta mañana le he visto... tenía la lengua muy trabada.
- LUIS. Sí, señora, me temo que no se pase mucho tiempo...
- TRIN. ¡Ah! Don Luis de mi alma, qué desgracia para mí si llego á verme abandonada á la caridad de los amigos!... á menos que don Pedro no me haya tenido presente... y por cierto que bien lo merezco, siquiera por los malos ratos que me ha dado. Usted no sabe, por casualidad, si ha hecho algunas disposiciones?
- LUIS. No sé nada, señora.
- TRIN. Sin embargo, él le aprecio á usted mucho y le dispensa

- toda su confianza, estoy cierta de que no hará nada sin consultar ántes con usted.
- LUIS. He tenido en efecto la fortuna de que mis servicios le hayan sido agradables.
- TRIN. Yo... con bien poca cosa me contentaba... con que me dejase no más para vivir independiente. Conque vamos, dígame usted. (En tono de confianza.)
- LUIS. ¿El qué, señora?
- TRIN. No da usted con una ingrata, sépalo usted, yo le dejaría á usted contento de mí.
- LUIS. Doña Trinidad, temo comprender lo que usted quiere decirme; si usted viene á ofrecerme dinero. (Muy tranquilamente.) para que le ayude á perjudicar, aunque sea en pequeña parte, á sus bienhechoras y las mías, se dirige usted mal. Clarito.
- TRIN. (Después de un movimiento marcado de despecho.) Pero, señor de Velasco, no es eso lo que yo pretendo. Quisiera únicamente rogar á usted que no me hiciera daño...
- LUIS. Yo no hago daño á nadie voluntariamente, señora.
- TRIN. Pues bien, eso es todo lo que yo deseo... lo ve usted?... el caso es entenderse, ¿conque no estamos reñidos?
- LUIS. No lo hemos estado nunca, que yo sepa.
- TRIN. Quedamos buenos amigos, ¿verdad?

ESCENA VII.

DICHOS, D. RICARDO.

- RIC. (Llegando por la derecha.) Doña Trinidad, el señor Novoa llama á usted... traigo el encargo de decirselo.
- TRIN. Bien, bien, voy corriendo.
- RIC. ¡Excelente doña Trinidad! (Estrechándola ambas manos al tiempo de pasar ella.) ¡Siempre tan complaciente! ¡tan dispuesta á prestar un servicio! ¡Ah! ¡cuando las mujeres son buenas son inmejorables! ¡Pero por eso se las quiere; ya sabe usted que se la quiere, doña Trinidad! ¡Conque hasta despues, mi buena señora!

TRIN. ¡Hasta después! (Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII.

LUIS, RICARDO.

Ric. ¡Ah! ¡Caramba! ¡qué bonito es eso que está usted haciendo!

Luis. Es usted muy indulgente.

Ric. No, maneja usted el lápiz con un primor... de veras...

Ric. Conque vamos á esto; parece que el pobre señor está muy mal hoy?

Luis. Si... la parálisis va en aumento.

Ric. ¡Oh! ¡eso no! ¡Ay qué bien está ese árbol!... Pues oiga usted, ¿me parece que sería tiempo de que pensase en sus asuntos?

Luis. Supongo que habrá ya pensado.

Ric. ¿Cree usted?...

Luis. Supongo.

Ric. Oiga usted, espero que no habrá hecho ningún legado en favor de esa horrenda arpía que acaba de salir de aquí.

Luis. No sé.

Ric. ¡Sería atroz! Ya conoce usted á la niña... y sabe hasta qué punto es indigna de la menor simpatía. (Coge una silla y se sienta al lado de D. Luis.)

Luis. Lo que es á mí me inspira pocas.

Ric. ¡Bravo! entónces si le consultan á usted...

Luis. ¡Oh! no harán tal.

Ric. Sí, sí, que lo harán... ¡se le tiene á usted metido en el corazon!... le consultarán á usted, y con ese motivo puede usted ser muy útil á Margarita.

Luis. ¿De qué modo? (Con interés.)

Ric. Mire usted, señor Velasco, voy á franquearme completamente con usted respecto de ese particular. Usted no ignora mi posición en la casa... mi casamiento con Margarita está casi decidido; por consiguiente, en mí es un

deber velar por los intereses de esa jóven y recomen-dárselos á usted... Fues bien, sería de desear en primer lugar, que la dichosa Doña Trinidad fuese desabuciada. . en seguida, ignoro qué viudedad piensa el señor Novoa dejar á Doña Elena, mi futura suegra... Usted la conoce tambien como yo: es una excelente señora, á quien quiero y respeto; pero de gustos sencillos; viviria con nada; dejarla una viudedad ércida sería cargarla de euidados.

Luis. ¡Señor mio, no sé dónde piensa usted venir á parar! pero le declaro buenamente, que toda intervencion de mi parte en las disposiciones testamentarias del señor de Novoa, me parecería un abuso de la confianza que en esta casa me dispensan.

Ric. (Indeciso.) ¡Ah! es ese el modo que usted tiene de corresponder á la mia?

Luis. Caballero, yo no se la he exigido á usted.

Ric. ¡Pues señor, bravo, venga esa mano! ¡ese es un rasgo de honradez! Usted no me ha entendido bien; pero eso es un rasgo de honradez; no me ha entendido usted absolutamente. Ea, le dejo á usted trabajar. (Levantándose.) Pero cuenta usted con lo que he dicho... le estimo mucho más que ántes... y disponga usted de mi amistad.

Luis. ¡Caballero!

Ric. ¡Hasta ahora! ¡no se moleste usted! ¡no se moleste usted!

ESCENA IX.

LUIS, á poco MARGARITA.

Luis. ¡Me he hecho tres amigos! .. Con unos poquitos más por este estilo... Me plantan en la calle. (Margarita llega lentamente por la izquierda con unas flores en la mano; él se levanta y saluda.) ¡Señorita!

MARG. (Con ligera ironía.) ¡Ah! está usted dibujando el dolman, señor de Velasco... Verdad es que este sitio debe hacer las delicias de usted! Aquí se encuentra á placer para

- evocar poéticos recuerdos. Los Druidas con sus blancas túnicas... Velada... Estoy segura de que en cada rayo de sol cree usted estar viendo relucir una hoz de oro.
(Se sienta Luis.)
- LUIS. Si, señora.
- MARG. Yo creía que se había usted muerto. (Sentándose a la izquierda.)
- LUIS. No, todavía no.
- MARG. Se va usted haciendo cada día más raro.
- LUIS. He estado fuera toda la semana última.
- MARG. ¡Oh! ¡y que usted tiene una pasión que le absorbe!... Todo se sabe... Pasa usted casi todas las tardes en casa de nuestra noble vecina, la señora de Azagra Pimentel.
- LUIS. Verdad, es señorita. Y me defiende de ello tanto menos, cuanto que la señora de Azagra va á entrar en la octogésima séptima primavera, y por lo tanto no creo... Por lo demás es muy cierto que la quiero de veras... sus antepasados han sido los señores de este país... ella es la sola que ha quedado de su raza, pobre y anciana, y lleva tan dignamente la majestad de su nombre, de la edad y de la desgracia, que la he cobrado un cariño filial... Además de eso, usted misma ha sido y su señora madre las que me la han recomendado.
- MARG. ¡Oh! nadie le acrimina á usted por ello... lejos de eso, mi madre le está á usted sumamente agradecida, por las atenciones que tiene con esa digna señora. (Se levanta.)
- LUIS. ¿Y la hija de su señora madre de usted? (Sonriéndose.)
- MARG. ¡Oh! yo no me exalto con tanta facilidad; si usted tiene la pretension de que yo le admire, es preciso que se tome la molestia de aguardar algo más. Sé harto que las acciones humanas tienen generalmente dos faces, y que la más brillante no es siempre la más auténtica. Así sucede, que como la señora de Azagra posee todavía un pequeño caudal, y no tiene herederos, no sabemos...
- LUIS. (Levantándose bruscamente.) Permitame usted, señora, que la compadezca sinceramente.

- MARG. ¿Compadecerme, caballero?
- LUIS. ¡Si, señora! dispense usted que la manifieste la lástima respetuosa que me inspira.
- MARG. ¡La lástima! (Con cólera reprimida.)
- LUIS. Si, ciertamente, porque si la duda y el desencanto de la vida son los frutos más amargos de la experiencia, nada es más digno de lástima, que un corazón marchito por la desconfianza, ántes de haber vivido.
- MARG. (Con violencia.) ¡Caballero, usted no sabe de lo que habla! ¡y olvida con quién habla!
- LUIS. ¡Verdad es, señorita! ¡hablo un poco sin saber, y olvidando un tanto á quien hablo: pero usted me ha dado el ejemplo.
- MARG. ¿Necesitaremos tal vez pedir á usted perdon por ello? (Con aspereza.)
- LUIS. Seguramente, señorita; si alguno de los dos había de pedir perdon al otro, sería usted... (Con firmeza.) Usted es rica y yo pobre... usted puede humillarse... ¡yo no!
- MARG. ¡Ah! (Atraviesa la escena como para marcharse, en seguida vuelve y añade con un ademán de altanera humildad. ¡Pues bueno! Perdone usted. (Váse por la derecha.)

ESCENA X.

LUIS, solo.

¡Ella también! ¡Oh! ¡mal le está! (Con ira y sentimiento.) Hasta aquí había advertido alejamiento, antipatía, pero ahora es ya odio, encono. ¿Qué mujer es esta? ¿que le he hecho yo? ¿qué le ha hecho el mundo entero? ¡Oh! no lo sé, pero lo que veo claramente es que quiere echarme de aquí. ¡Pues bien!...

ESCENA XI.

DICHO, LUISA, D. RICARDO, DOÑA TRINIDAD.

LUISA. (Destro.) ¡Fabian! tenga usted preparadas unas sillas: la

señora va á venir á sentarse aquí un momento. (Sale por la izquierda.) Señor Velasco, participo á usted que su amigo D. Ignacio acaba de llegar.

LUIS. ¡D. Ignacio! ¡Ah! muchas gracias! Luisa.

LUISA. ¿Se concluyó el dibujo? Veamos. ¡Está perfecto!

TRIN. ¡Precioso!

Ric. ¡Lleno de poesía!

LUISA. ¿Me sacará usted una copia, si?

LUIS. Desde luego.— Con permiso. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XII.

D. RICARDO, DOÑA TRINIDAD, LUISA.

Ric. ¡Guapo muchacho!

TRIN. ¡Guapísimo!

LUISA. ¡Oh! ¡muy guapo!

Ric. Lleno de habilidades... de talento... y á pesar de eso de una modestia...

LUISA. ¡Y de una reserva!...

TRIN. ¡Y de una amabilidad!...

Ric. ¡Todo lo reúne!

LAS DOS. ¡Todo!

Ric. ¡Absolutamente todo! .. ¡qué lástima que su vida esté envuelta en cierto misterio!...

LUISA. ¡Oh! en cuanto á misterio... le hay.

Ric. ¿Verdad que sí?... porque, en fin, no hay que dejarse guiar de las apariencias tampoco... Todos los días estamos viendo en el mundo personas revestidas de las mejores apariencias, y que en el fondo no son sino...

LUISA. ¡Aventureros!...

TRIN. ¡Si por cierto! ¡Caballeros de industria!

Ric. ¡Digo! vamos á ver... francamente, aquí para entre nosotros, ¿no les hace á ustedes el efecto de un solemne intrigante ese guapo mozo?

LUISA. ¡Lo que es yo, mis miedos tengo!

TRIN. ¡Y yo tengo la certeza! (En tono de gran confianza.)

Ric. ¿Tiene usted la certeza! ¡Dice que tiene certeza!... Pues si tiene usted esa certeza, mi señora Trinidad, ¿sabe usted que nosotros, como antiguos amigos de la familia, tenemos entónces un sagrado deber que cumplir... el de abrir los ojos á esas señoras sobre la verdadera condicion de ese individuo... de ese quidan?... Pero vamos á esto, doña Trinidad, ¿está usted segura de lo que dice?

TRIN. ¡Tengo pruebas!

Ric. Tiene usted pruebas. (Á Luisa.) ¡Parece que tiene pruebas!... ¡Oh! ¡pues si tiene pruebas!... Pero, en fin, ¿qué pruebas, doña Trinidad?

TRIN. ¡Che!... nada ménos que un fragmento de carta que la casualidad... el aire sin duda, dejó caer á mis piés esta mañana al tiempo que yo pasaba por debajo de las ventanas del señor Velasco.

Ric. ¡Ah! ¡vea usted qué suerte la de esta doña Trinidad! ¡siempre se está encontrando algo! Conque... ¿y esa carta?...

TRIN. Sí, señor... Esa carta, dirigida segun creo á don Ignacio, es de tal naturaleza que ha de edificar á esas señoras... y en particular á Margarita, sobre los proyectos y desinterés de ese jóven puritano.

Ric. ¡Bah! ¿pues por ventura el señor mayordomo?...

TRIN. Ni más ni ménos. (Riendo.)

Ric. ¡Hola! ¡Pues es flojo!

LUISA. Ya me lo figuraba yo.

TRIN. Tengo la carta en mi cuarto... pero confieso que no sé si debo... El tal caballero ha tomado tal imperio en la casa, que vacilo yo, en mi posicion, ponerme en lucha abierta con él... Además mis amadas primas tienen un modo de ver las cosas tan particular...

LUISA. ¡Chist!... Margarita. (Mirando á la izquierda. Doña Trinidad sube un poco al fondo.)

Ric. Haga usted por ver esa carta, Luisita... no demos un golpe en vago; usted conoce á nuestra amiga. Tiene tanto talento como un alcornoque... (Señalando á Doña

- Trinidad.) exactamente, y (Doña Trinidad se acerca.) ¿no es verdad, Doña Trinidad?
- TRIN. ¿Qué?
- RIC. Enseñe usted ese papelito á Luisa... ella conoce á esas señoras y verá si... (Margarita sale por la izquierda muy preocupada.)
- LUISA. Bien está; pero déjenme ustedes sola con ella para preparar el terreno. ¡Pobre muchacha! ¡Es preciso evitar que caiga en el lazo!
- RIC. ¿Viene usted, Doña Trinidad? (Le da el brazo.) Parece increíble; usted siempre se está encontrando cosas... tiene usted ojos de lince!... (Váase.)

ESCENA XIII.

LUISA, MARGARITA.

- MARG. Acabo de presenciar una escena patética.
- LUISA. ¿Cómo?
- MARG. Sí. Don Ignacio y Velasco se han abrazado con una efusión...
- LUISA. ¡Ah!
- MARG. Y en este momento los dejo hablando con un calor... ¿No tendría usted curiosidad de saber lo que dicen esos dos misteriosos personajes?
- LUISA. No, porque me lo figuro. (Margarita se sienta.)
- MARG. ¡Ah! (Mirándola.)
- LUISA. Señorita, usted va tal vez á reñirme por no haber hablado de esto ántes... pero mal ó bien, yo me había propuesto hasta ahora guardar al señor Velasco su secreto.
- MARG. ¿Su secreto?
- LUISA. Y sólo cuando le he visto manifestar tan á las claras sus proyectos, me he decidido á romper un silencio que ya sería culpable... Sin embargo, señorita, hasta ahora sólo á usted creo deber decirlo...
- MARG. Hable usted.

- LUISA. Durante la temporada que pasamos en Madrid hace cuatro años, recordará usted que fui varias veces á ver mis amigas al colegio donde me han educado.
- MARG. Sí, ¿y qué?
- LUISA. Que allí tuve ocasion de ver varias veces á don Luis de Velasco, cuyo padre se llamaba el marqués de Valleumbrio.
- MARG. ¡Ah!
- LUISA. Por aquel tiempo decían ya que su familia estaba medio arruinada: en el día lo está por completo: el padre ha muerto, y el hijo, gracias á un antiguo amigo de la familia, se ha colocado en posición de agenciarse una hermosa fortuna por medios que dejo á usted el trabajo de apreciar.
- MARG. (Con dolor, despues de una pausa.) ¡Oh! Pero, Luisa, si yo la comprendo á usted bien, la conducta de ese jóven no parece por cierto justificar... yo apenas le veo... parece que nos huye.
- LUISA. ¡Oh! su amigo don Ignacio, que conoce á usted perfectamente, le habrá aleccionado sobre la reserva estudianta, la prudencia respetuosa que debe observar...
- MARG. (Levantándose.) Está bien, Luisa, está bien: se lo agradezco á usted. (Sale D. Ricardo dando el brazo á Doña Elena.)

ESCENA XIV.

MARGARITA, LUISA, D. RICARDO, DOÑA ELENA: á poco D. LUIS y D. IGNACIO, despues el DOCTOR GONZALEZ y DOÑA TRINIDAD.

- RIC. Convenido, señora... es un prodigio... es el ave fénix... usted la ha encontrado.
- ELENA. En fin, ¿qué quiere usted? á mí me tiene hechizada. (Sentándose á la izquierda.)
- RIC. Pues cátese usted con él, amada vecina, cátese usted con él, y se acabó.
- ELENA. ¡Oh! no tal. No llevo hasta ahí, pierda usted cuidado, ve-

- cido. (Salen D. Luis y D. Ignacio por la derecha.) ¡Qué hay, don Luis? ¿ha tenido usted más suerte que yo? ¿Ha decidido usted por fin á ese pícaro hombre á que se quede hasta mañana con nosotros?
- LUIS.** No, señora, por desgracia.
- IGNAC.** Me es imposible, mi señora doña Elena. He venido únicamente á saludar á ustedes al paso... porque tengo que estar esta noche en Vitoria y pasado mañana en Madrid.
- ELENA.** Pues entónces hágame usted el obsequio de no venir... prefiero no verle.
- IGNAC.** Señora... (El doctor Gonzalez viene por la derecha dando el brazo á Doña Trinidad.)
- DOCT.** Vamos, Doña Trinidad, acabará usted de sacarme de tino con sus cosas.
- TRIN.** (Continuando su conversacion con él.) Déjese usted de cuentos, Doctor... esas son bellas frases... (Se sienta á la derecha.) Y nada más. El honor, la gloria, todo eso es bueno para las novelas... Yo estoy por un buen coche.
- DOCT.** Cada cual con su gusto, señora. (En pie detrás de ella.)
- TRIN.** La verdad es, Doctor, que el dinero es ántes que todo. Yo he visto siempre que en el mundo se respeta á la gente en proporcion al dinero que tiene. Así es que á mí nadie me hace caso en el día... (Mirando con intencion á D. Luis.) ¡Oh! cuando no me desprecian. Pero me consuelo pensando que si volviera á ser lo que he sido, vería á mis piés, sí, á mis piés, á todos los que me desprecian.
- DOCT.** Excepto á mí, señora: puede usted estar cierta de que aunque tuviera cien millones de renta no me vería á sus piés; téngalo usted entendido.
- LUIS.** (Jovialmente.) Y yo ruego á usted que haga tambien una excepcion en mi favor. (Doña Trinidad se encoge de hombros.)
- MARG.** (Con acrimonia.) ¡Oh! ¡quién lo duda! Estaba segura de que el señor de Velasco no dejaría escapar esta ocasion de protestar contra la vulgaridad... la bajeza de nues-

- tras ideas chavacanas. El dinero, ¡qué horror! ¡qué vale eso? Las nubes, el azul del cielo, las cosas ideales, eso es diferente. Fuera de eso no hay nada que sea digno de ocupar un instante los pensamientos de un poeta artista como el señor Velasco.
- LUIS.** (Con una firmeza respetuosa.) Señorita, ignoro absolutamente en virtud de qué privilegio me veo sin cesar honrado con las burlas de usted tocante á este punto. Yo no soy ni más ni ménos poeta que otro cualquiera. Solamente, convengo en ello, concibo otros placeres, otras admiraciones, otras ambiciones que aquellas de que el dinero pueden ser origen ú objeto! Yo me tomo la libertad de pensar que sin ser visionario un hombre puede entusiasmarse alguna vez por algo... por un buen libro, por un hermoso cielo, por una accion heroica! Esa poesia, lo creo sinceramente, es no sólo permitida á todos sino que está prescrita... Deploro, señorita, haberme visto precisado á este... alegato tal vez intempestivo, pero esas cosas ideales, como usted las llama, son los únicos bienes de los que no tienen otros más positivos, y espero por lo tanto que se me perdone por haber defendido mi patrimonio. Vámonos, amigo mio. (Retírase algunos pasos, y tomando el brazo de D. Ignacio desaparece por la derecha.)
- ESCENA XV.**
- DICHOS, ménos D. LUIS y D. IGNACIO.**
- RIC.** ¡Eh! ¿qué tal? no dirá usted, señora, que su mayordomo no va tomando confianza.
- TRIN.** ¡Oh! ¡le que es ego!
- ELENA.** ¡Ustedes tienen la culpa! ¡ustedes le provocan! ¡le exasperan! Y en fin, dice bien; yo soy exactamente de su misma opinion. (Fabian y la niña Cristina aparecen en el foro izquierda; viene vestida á estilo de Provincias.)

ESCENA XVI.

DICHOS, FABIAN, CRISTINA en el foro.

- FAB. Acércate, muchacha.
ELENA. ¿Qué es eso? ¿qué hay, Fabian?
FAB. Señora, es esta chica, que quiere á toda fuerza hablar con los señores de la casa.
ELENA. ¿Qué busca? Acércate, niña.
RIC. Acércate, pastorcilla. Es muy guapa la muchacha.
ELENA. ¿Quién eres, hija mia? ¿cómo te llamas?
CRIST. Cristina Olalde, señora... la hija del viejo Olalde, el ciego.
ELENA. ¡Ah! ¿y qué es lo que quieres?
CRIST. (Mirando á su alrededor con ansiedad.) Señora... yo venia... por el asunto de ayer tarde.
ELENA. ¿Y cuál es el asunto de ayer tarde?
CRIST. ¿No lo sabe la señora?
ELENA. No lo sé... habla... me interesa... yo tengo mucho gusto en saber las cosas del campo.
CRIST. Pues es que... en casa tenemos un perro... un perro muy viejo que se llama Leal... Leal el viejo.
ELENA. ¿Y bien, qué?... ¿qué tenemos con Leal el viejo?
CRIST. Es el que guía á mi pobre abuelo cuando va á pedir.
RIC. ¡Ah! ¡es muy patético!... ¡el lazarillo del pobre. (Riendo.)
CRIST. Pues es el caso que ayer á la tardecita estábamos sentados los tres, mi abuelo, Leal y yo al borde del agua, y los chicos del pueblo, que son muy malos... ¡Si usted supiera, señora, qué malos son los chicos del pueblo! Arrojaron al perro al agua los picaruelos, ¿no es esto?
ELENA. Sí, señora... justo, en lo más hondo, y como allí hay un molino, el pobre animal se iba, se iba yendo hacía las ruedas, cuando héte aquí que un señor que pasaba. (Detiéndose de repente viendo á D. Luis que sale con D. Ignacio.)

ESCENA XVII.

DICHOS, D. LUIS, D. IGNACIO.

- LUIS. ¡Cómo! ¡otra vez tú! ¡pesada... No te había prohibido?... Tú quieres por lo visto ponerme en ridículo?...
- RIC. ¡Cómo! ¡era usted! ¡Ah! ¡Bravo! (Riendo.) de esta hecha la cruz de Beneficencia, señor Velasco!
- LUIS. (Riendo con enfado.) Bien, sí, ¿qué quiere usted? ¡era yo! ¡Yo soy el salvador del perro! Es absurdo... ¡Cómo ha de ser! ¡Pero esta chica lanzaba unos lamentos y unos ayes de pavo real! (Risas de todos.) Ves á lo que tú me expones, majadera!... ¡Ea, vetel!... Como tú te llegues á caer al río, te aseguro... Máchate corriendo.
- ELENA. ¡No la eche usted! ¡pobre niña! ¿vamos á ver qué es lo que quieres, chiquita? ¿qué venías á buscar aquí?
- CRIST. Es que este señor se marchó tan de prisa... que ni hemos podido agradecérselo... y...
- RIC. ¡Sí! Ya estamos... ¡Ahí tienen ustedes lo que son estas gentes! Se les hace un favor y encima le piden á uno! ¡Vamos! ¡Toma! ¡ahí tienes un duro! (Sacando una moneda.)
- CRIST. Yo no quiero nada de usted... sino del señor...
- LUIS. Pero en fin, ¿qué es lo que quieres? (Furioso.)
- CRIST. Que me deje usted darle un beso, señor.
- TODOS. Bien.
- LUIS. ¡Majadera, quita de ahí! ¿te quieres marchar?
- ELENA. Vamos, déjela usted, déjela usted que le bese; se lo pido yo.
- LUIS. Vamos. (Presenta la mejilla á Cristina que le besa con júbilo.) ¡Y besa con alma!
- ELENA. Dame á mi otro, hija mia. (Cristina la besa y va á marcharse.)
- RIC. ¿Y el duro? tómale. (Viendo que se va.)
- CRIST. Gracias, señor. (Tomándole.)
- RIC. Qué es eso, ¿no hay un beso para mí?

CRIST. ¡No por cierto! .. Para servir á ustedes, señores. (Hace una reverencia y se va seguida de Fabian.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, ménos FABIAN y CRISTINA. Todos se levantan.

ELENA. Tú te ocuparás de esas pobres gentes, ¿no es verdad Margarita?

MARG. Bien, madre mia.

ELENA. Y ademas, escucha (Llamándola aparte; D. Ignacio se queda observando y parece que la escucha.) Me tienes descontenta; tú acabarás por echar de casa á ese jóven, cuyo trato y servicios me agradan: ¿por qué estarle zahiriendo sin cesar? ¿un jóven que no puede contestar sin exponerse á perder el pan que come! Eso no es generoso.

MARG. ¡Madre! (Mira á D. Ignacio como si deseara hablarle, pero viendo á D. Luis cerca de él se retira como á disgusto.)

ELENA. Don Ricardo, deme usted el brazo. (Váanse todos por la izquierda ménos D. Luis y D. Ignacio.)

ESCENA XIX.

D. LUIS, D. IGNACIO.

IGNAC. (Don Luis no quiere decirme nada, pero esto va mal.) Vamos á ver don Luis, ¿qué es lo que pasa aquí?

LUIS. Amigo mio... ayer empecé á escribir á usted una carta... que su llegada me dispensa de concluir. Le decía á usted que mi posicion en esta casa no estaba exenta de amarguras... Usted ha podido apreciarlo por sí mismo. Le ruego que me saque de aquí lo más pronto que pueda.

IGNAC. ¡Ah! bueno, me ocuparé de ello.

LUIS. Se lo suplico á usted. Ea, quede usted con Dios, puesto que se marcha. Yo tambien tengo que ir á San Marcial á la corta de unos puros.

IGNAC. ¡Ah! pues llevamos el mismo camino; yo tengo ahí mi carruaje, le acompañaré á usted.

LUIS. ¡Bravisimo! ¿pero y la vuelta?

IGNAC. Tienes usted razon.

LUIS. Lo siento, y tanto más, que segun me han dicho, á poca distancia de allí hay unas ruinas magnificas que hubiéramos visto juntos. Pero en fin, ¿cómo ha de ser! Ea, agur, amigo mio, y piense usted en mí. (Margarita vuelve por la izquierda observándolos.)

IGNAC. Adios, señor don Luis. (Luis saluda á Margarita y váse.)

ESCENA XX.

D. IGNACIO, MARGARITA.

MARG. Buscaba la ocasion de encontrar á usted solo.

IGNAC. ¿Qué hay, hija mia? (Mirando alrededor.) Despachemos porque el carruaje me está esperando.

MARG. Don Ignacio, yo siempre he creído que usted era un hombre de bien.

IGNAC. Y yo lo mismo, señorita. (Mirándola admirado.)

MARG. Sin embargo, ¿qué significa esa intriga á que usted se ha prestado?

IGNAC. ¿Qué intriga?

MARG. Ese jóven, ese mayordomo que nos ha enviado usted... Luisa, mi aya, le ha visto ántes de ahora en Madrid... le conoce... ¿me dirá usted por qué razon no lleva su nombre?

IGNAC. El nombre que lleva es el suyo, señorita, es el apellido de su familia. Si no usa su título es por razon de conveniencia, de justo orgullo, que usted debe comprender. Y una vez que tanto le desagrada á usted, no tiene usted más que echarle á la cara su título y se verá usted al momento libre de él, yo se lo fio.

MARG. En fin... ¿qué es lo que ha venido á hacer aquí?

IGNAC. Á ganarse la vida, pues se ve reducido á ello. Vamos á ver, ¿á dónde está la intriga? Yo no la veo. Lo que veo es que la conducta de usted respecto de ese jóven no

- tiene explicacion. Usted le hace pagar cara sus beneficios, hija mia. (Haciendo que se va.)
- MARG. Señor don Ignacio... le creo á usted... y le agradezco lo que me dice... ¡Es tan cruel pensar siempre en lo malo!... Gracias á usted me ha vuelto la alegría, soy dichosa; le quiero á usted mucho, señor don Ignacio.
- IGNAC. ¡Válgame Dios!... (Alegremente.) ¡Para qué me dice usted eso, hija mia, cuando me tengo que marchar! Es una crueldad. (Mirando el reloj.) Voy á echar á correr... no tengo tiempo más que para decir adios á su madre de usted.
- MARG. Pues mire usted, ¿sabe usted lo que voy á hacer para agradecerle la noticia? Voy á montar á caballo y acompañarle un poco por el camino.
- IGNAC. ¿De veras?
- MARG. Me servirá de paseo.
- IGNAC. No, déjelo usted: me van á tener envidia.
- MARG. Se me ha puesto en la cabeza. Además que pensaba ir por ese lado. Le acompañaré á usted hasta San Marcial.
- IGNAC. Hasta San Marcial. (Con intencion y ap.)
- MARG. Sí... y despues daré la vuelta por las ruinas del castillo antiguo... atravesando el bosque... será un paseo delicioso.
- IGNAC. (Preocupado.) Pues bien, hija mia, como usted guste... Estará de Dios.
- MARG. Eso es, vamos. (Cogiéndole del brazo.)
- IGNAC. ¡Vamos! ¡Oh! ¡las ruinas! cuidado con ella, Margarita, ya sabe usted que en los castillos suele andar el diablo!... No tengamos luégo...
- MARG. ¡Oh, no hay miedo! Yo le haré la cruz. (Vánse alegremente.)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

Interior de un salon medio arruinado en la antigua torre de Urbieta. Arquitectura sombría y severa. Enfrente del público la larga ojiva de una ventana medio derruida y un lienzo de muralla hundido tambien. Por una ancha brecha revestida de yedra se ven las cimas de algunos árboles, que crecen en los fosos, y más lejos un torreon, tambien ruinoso, que se destaca sobre el cielo y sobre las montañas lejanas. La brecha no está al nivel del pavimento del salon, pero algunas piedras caidas como escalones junto á ella, facilitan la subida sobre la plataforma exterior practicable y que domina á un precipicio. Dos ó tres escalones á la izquierda, y al pie de ellos la puerta estrecha y maciza de la torre. Empieza á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

PERICO, despues LUIS.

Al alzarse el telon, Perico, de pie sobre la plataforma, mira hácia fuera y parece escuchar. Oyéense algunas notas del tamboril y de la dulzaina, y en el campo á lo lejos cantan este zorcico:

CORO.

Tiñe el ámbito
del crepúsculo
melancólica,
tibia luz.